



Antonio Camero la inv. y dibujo.

Francisco Mantecón la grabó en Madrid 1776.

y de piernas bonitas. Los de Don Quijote, y cuyo luego en la cuenta de lo que podía ser, y que a veces se le oían decir que tenía miedo; porque, estos piés y piernas que él tenía, y que él decía que eran de algunos fuagidos y bandoleros que en esta parte de España se crian, y por aquí los suele abotear la justicia cuando los encuentran, y que se cuenta en treinta; por donde me doy á entender que él se había metido en una mala aventura, y así era la verdad, como él lo había fingido. Y como ellos miraron los racimos de aquellos árboles, que eran racimos de bandoleros, ya en esto amanecía; y si los muertos los habían espantado, no menos los aterraron más de cuarenta bandoleros vivos que de momento se levantaron, y como catalana, que estuviesen quedos, y se detuvieron hasta que lesase en capta. Hallóse Don Quijote á pié, su caballo con freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente, sin defensa alguna; y así, antes por falta de cruzar las manos é inclinar la cabeza, guardándose para mejor hora y fortuna. Acabaron los bandoleros á espulgar al rucio, y á no dejarle ninguna cosa de curtielas en las alforjas y la maleta, hasta que se fue bien á Sancho, que en una ventrera que tenía colgada venían los escudos del alcaide y los que habían sacado de su tierra; y, con todo eso, aquella mañana le le escudara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera, y no le dudo, si no llegara en aquella sazón su capitán, el cual mostró ser de edad de treinta y cuatro años, robusto, mas que de mediana proporción, de color grave y color negro. Venía sobre un poderoso caballo, vestida la acorada con un capote de castor, que en aquella tierra se llaman pedreñales, á los lados de los cuales sus escuderos (que así llaman á los que andan en aquel oficio) iban á apoyar á Sancho Panza: mandoles que no se moviera, y que se quedara quieto, si se escapó la ventrera. Admiróle, ver tanta arrogancia al árbol, y tanta vanidad, y á Don Quijote armado y pensativo, con la mas tristeza y melancolía que pudiera formar la humana tristeza. Llegóse á él, diciéndole: No te quejes, Sancho, buen hombre, porque no habrás caído en las manos de algun cruel, como yo en las de Roque Guinart, que tiene mas de compasivas que de rigurosas. No es mi tristeza, respondió Don Quijote, haber caído en tu poder, oh valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la conozcan, sino por haber sido mi descendido, que me hayan cogido tus escuderos en el freno, estando yo obligado, según la orden de la audaz establiera que profeso, á vivir continuo alerta, siendo á todas horas centinela de mi mismo; porque te hago saber, oh gran Roque, que si me hallaran sobre mi caballo, con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy Don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guinart conoció que la enfermedad de Don Quijote tocaba mas en lo loco que en lo valiente; y, aunque algunas veces le había oído hablar, ahora raro por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazón de hombre, y holgóse en extremo de

y de piernas humanas. Tentólos Don Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podía ser, y díjole á Sancho: "No tienes de qué tener miedo; porque, estos piés y piernas que tientas y no vés, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta; por donde me doy á entender, que debo de estar cerca de Barcelona:" y así era la verdad, como él lo habia imaginado. Al amanecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya, en esto, amanecía; y, si los muertos los habian espantado, no menos los atribularon mas de cuarenta bandoleros vivos que de improviso les rodearon, diciéndoles, en lengua catalana, que estuviesen quedos, y se detuviesen hasta que llegase su capitán. Hallóse Don Quijote á pié, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y, finalmente, sin defensa alguna; y así, tuvo por bien de cruzar las manos é inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazón y coyuntura. Acudieron los bandoleros á espulgar al rucio, y á no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traía; y avinole bien á Sancho, que en una ventrera que tenia ceñida venian los escudos del duque y los que habian sacado de su tierra; y, con todo eso, aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazón su capitán, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, mas que de mediana proporción, de mirar grave y color morena. Venía sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoletes, que en aquella tierra se llaman *pedreñales*, á los lados. Vió que sus escuderos (que así llaman á los que andan en aquel ejercicio) iban á despojar á Sancho Panza: mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y así se escapó la ventrera. Admiróle, ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo, y á Don Quijote armado y pensativo, con la mas triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él, diciéndole: "No esteis tan triste, buen hombre, porque no habeis caído en las manos de algun cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen mas de compasivas que de rigurosas.—No es mi tristeza, respondió Don Quijote, haber caído en tu poder, ¡oh valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren! sino por haber sido tal mi descuido, que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la orden de la andante caballería que profeso, á vivir continuo alerta, siendo á todas horas centinela de mí mismo; porque te hago saber, ¡oh gran Roque! que, si me hallaran sobre mi caballo, con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy Don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe." Luego, Roque Guinart conoció que la enfermedad de Don Quijote tocaba mas en locura que en valentía; y, aunque algunas veces le habia oído nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazón de hombre, y holgóse en extremo de